

Alexandra Pita González, 2014.

Educar para la paz.

México y la Cooperación Intelectual Internacional, 1922-1948.

México: Secretaría de Relaciones Exteriores, Dirección General del Acervo Histórico Diplomático. 320 p. Colección Organismos Internacionales, 3.

2

El libro de Alexandra Pita forma parte de una colección que estudia la participación de México en los distintos organismos internacionales. Particularmente, este volumen se centra en la actuación de este país en las instituciones de cooperación intelectual –en los niveles mundial, regional y nacional– durante la política de entreguerras. El recorte histórico comprendido entre 1922 y 1948 se determina por la vida activa de estas organizaciones, desde su gestación hasta su relevo por parte de nuevas organizaciones luego de la Segunda Guerra Mundial. El libro se destaca por un gran trabajo de recopilación de fuentes y bibliografía para pensar nuevas perspectivas sobre la dimensión cultural de las relaciones internacionales.

Alexandra Pita considera a los intelectuales de este período histórico en su doble papel de promotores de cultura y funcionarios gubernamentales, como engranajes que llevaban la diplomacia cultural. En el caso de México, la actuación de hombres como Alfonso Reyes, Jaime Torres Bodet o Genaro Estrada en los diferentes organismos de cooperación intelectual aparecen como elementos clave en el cumplimiento de dos objetivos políticos de interés nacional: revertir la imagen negativa que el mundo tenía de México, producto de la revo-

lución, y lograr detener la política intervencionista de Estados Unidos en el continente americano.

El libro parte de la descripción del contexto posterior a la Primera Guerra Mundial. El surgimiento de la Sociedad de Naciones en 1919 encarnaba la necesidad de fomentar nuevos vínculos entre los Estados, estableciendo la resolución pacífica de conflictos mediante el arbitraje y la negociación diplomática. Fomentar la paz era, por entonces, una tarea monumental. Para superar la desconfianza mutua entre los Estados y el nacionalismo imperante se veía necesario reformular los valores de la sociedad mundial, crear un nuevo consenso moral, fomentar el conocimiento mutuo y contar con el respaldo de la opinión pública mundial. En esta coyuntura, los intelectuales encontraron la oportunidad de formar parte de la política mediante su participación en los organismos de cooperación intelectual. Como parte estructural de la Sociedad de Naciones, el Comité Internacional de Cooperación Intelectual (CICI) se propuso llevar adelante iniciativas de transformación cultural para generar una conciencia pacifista que demostrara la futilidad de los conflictos armados. Esta idea de “desarme moral” (p. 172), acompañada de un proceso de desarme material, permitiría un proceso de paz duradero.

Pita describe el nuevo rol de los intelectuales como parte de la diplomacia y documenta detalladamente la conformación del complejo entramado burocrático en torno a la cooperación intelectual, que no sólo radicaba en el establecimiento de diferentes sedes en Ginebra, París y Roma, sino también en la conformación de comisiones nacionales para llevar adelante la tarea transformadora. Los debates de los primeros años se centraron en los objetivos de la organización, su financiamiento y el establecimiento de las mencionadas comisiones, pero también se vieron marcados por una profunda desconfianza entre los Estados y las necesidades económicas de reconstrucción de posguerra que usualmente limitaban los presupuestos. La incorporación de México a los organismos de cooperación intelectual se muestra como parte de una estrategia para lograr el reconocimiento del gobierno nacional luego de la revolución, un intento de reinsertarse en el mundo mostrando, a través de sus hombres de la cultura, una imagen de país civilizado.

A nivel regional la autora señala que México, al igual que otros países de América Latina, encontró en la participación en estos organismos un espacio para cuestionar el intervencionismo norteamericano en la región, amparada hasta entonces en la Doctrina Monroe. La puja regional se evidencia en el eslogan “América para los americanos”, propuesto por Estados Unidos para fortalecer los vínculos regionales, frente a la idea de “América para la humanidad”, que buscaba una vinculación mayor con Europa para lograr un contrapeso al rol hegemónico norteamericano en la región.

El libro documenta cómo, a pesar de no formar parte de la Sociedad de Naciones, Estados Unidos buscó participar de los organismos de cooperación intelectual y fomentó la creación de entidades paralelas, a través de la Unión Panamericana, como el Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH) o el Instituto Interamericano de Cooperación Intelectual (IIACI). De esto se desprende que Estados Unidos también supo ver en el ámbito de la cooperación intelectual una estrategia para implementar la “política del buen vecino” y generar nuevos lazos con los países latinoamericanos desde el mundo de la cultura.

En la perspectiva de los intelectuales, la educación debía ser una plataforma para el conocimiento mutuo de los pueblos. Por esta razón, los organismos de cooperación intelectual fomentaron el intercambio de información, bibliografía, profesores y alumnos; también apoyaron el surgimiento de nuevas publicaciones y reuniones científicas. A pesar de las buenas intenciones, este trabajo deja claro que encontrar financiación en un mundo que tenía otras prioridades materiales fue un obstáculo persistente que limitó los resultados de estos proyectos.

Las iniciativas de cooperación intelectual encontraron otra dificultad en el nacionalismo. La propuesta de revisión de los manuales de historia para borrar cualquier rastro de chauvinismo y caracterización agresiva encontró mucha resistencia, ya que en ocasiones la historia universal que se quería promover no coincidía con los objetivos de la política nacionalista de los Estados. Ni siquiera México estuvo exento de polémicas. En 1933, la apli-

cación del Plan Sexenal, su programa de educación socialista, puso de manifiesto la tensión entre compromisos internacionales y nacionalismo.

A pesar de que existieron iniciativas positivas como el intercambio de correspondencia entre intelectuales para alentar el diálogo académico, para mediados de la década de 1930 era evidente que el debate intelectual estaba atravesado por el nacionalismo y la preocupación por el ascenso del fascismo en Europa. Ante la inminente declaración de guerra, el debate de este período se centró en el rol que debía tomar América.

Entre 1939 y 1944, la OICI se mantuvo en un *impasse* debido a la ocupación nazi de Francia. Frente a esta situación, América se encontraba una vez más en la disyuntiva entre fortalecer los vínculos interamericanos, como proponía Estados Unidos, o cumplir la "Misión de América" como heredera y salvaguarda de la cultura occidental y servir de relevo temporal, como defendían México y Cuba. El final de la Segunda Guerra dejó trunco este proyecto.

Sin embargo, Alexandra Pita deja claro que su objetivo no es analizar el grado de éxito de los proyectos desarrollados por organismos internacionales, sino que éstos constituyen precedentes destacados en la gesta de nuevas instituciones clave del escenario de posguerra. En la víspera

de la Guerra Fría, la política y la seguridad fueron los objetivos centrales que guiaron la conformación de Naciones Unidas. En esta ocasión la idea de desarme material o moral quedaba fuera de la agenda. A nivel regional, la Organización de Estados Americanos (OEA), cuyo eje estaba definido por la seguridad regional y la economía, suplantó a la Unión Panamericana. Asimismo, los organismos de cooperación intelectual encontraron su relevo en la UNESCO, que implementó un cambio de filosofía. El foco estuvo puesto en la alfabetización dirigida a las masas y la asistencia a los desprotegidos. Que en 1948 Jaime Torres Bodet haya resultado electo presidente de esta organización muestra el respeto internacional que había ganado México en el mundo de la cultura.

Para concluir, podemos decir que el libro de Alexandra Pita cumple con un doble objetivo. Por un lado, analiza el papel que tuvo México en los organismos de cooperación intelectual y la manera en que, a través de los intelectuales, pudo llevar adelante una diplomacia cultural exitosa, que le permitió cumplir con objetivos de interés nacional. Por otro lado, subyace una investigación mucho más exhaustiva y documentada en el anexo final que busca alentar futuras investigaciones y abrir nuevos debates sobre la dimensión cultural de las relaciones internacionales.

Carla Venturini
Universidad Torcuato Di Tella